

hecho, á raíz de la famosa Convención Nacional Liberal, porque aquella fué la tempestad política más grande que se ha desatado sobre la república.

Para contener manifestaciones de esa índole y cortar las alas á los políticos de ocasión, están los gobiernos personales y el militarismo: yo soy partidario del gobierno personal de México en las actuales circunstancias, y amante del ejército.

CAPITULO XV

LA CRISIS ECONÓMICA SE DEBE Á LOS CIENTÍFICOS.—
LAS GESTIONES FINANCIERAS DEL SEÑOR LIMANTOUR SON RUINOSAS.—GOBERNADORES CIENTÍFICOS.—ALGUNOS SATÉLITES DE POCA IMPORTANCIA.

I

QUEDAN retratados los científicos, y, á fe, el retrato resulta poco agradable. Quienes profesen ideas idénticas y se manejen lo mismo que ellos, tienen que ser antipáticos al pueblo.

El Partido Científico es la reencarnación del Partido Conservador, con la diferencia de que éste era un poco menos manipulador de intereses personales, y los científicos son muy diestros en esta clase de manejos. Sin embargo, en tratando de los intereses nacionales, como administradores de la hacienda pública y del crédito del país, no se muestran á la misma altura que dirigiendo las empresas de su particular interés; digo que los científicos son hábiles negociantes y torpes financieros y economistas, salvo una que otra excepción. ¿Cómo se explica esto? Pue-

de sobrarles honradez, como de hecho pasa; pero les falta tino y acierto en las operaciones del Tesoro.

Cosa rara es lo que acontece: formando los científicos el grupo de la banca y los negocios, deberían ser un poco más despiertos en las gestiones económicas del gobierno. En asuntos mercantiles, pueden constituir los científicos el elemento más calculador y de mejor ojo comercial, al igual que los judíos desparramados por todo el mundo. Si los hebreos son los más diestros manipuladores del dinero, los científicos de México pueden ser descendientes legítimos de aquéllos, pues las operaciones de préstamo y banca forman su pedestal de gloria. Tal vez por esto mismo se hacen odiosos á la generalidad del pueblo, aunque no haya razón para ello, pues cada quien está en el pleno ejercicio de sus derechos con hacer luchas lícitas para acrecer su capital. Lo punible sería que las fortunas se hicieran á costa de los infelices, despojándolos de lo suyo. Pero, en este caso, los pueblos no racionan ni las muchedumbres argumentan: enemigos del pueblo lo son el prestamista y el gendarme, siendo que uno y otro prestan servicios importantes al mismo que los odia. Pueden ser despreciables ambos, si no llenan con decoro y dignidad su papel; pero cuando el uno remedia las necesidades y el otro cuida el orden público, los dos son acreedores á la estimación. Mas es muy difícil que ninguno de los dos salga airoso de la situación, y de ahí proviene la inquina que contra ellos existe.

El agiotista ejerce el préstamo como la única profesión fácil de hacer pronta fortuna, pues, obligado el pueblo por el hambre, ocurre á él en demanda de

dinero, á trueque de prendas efectivas ó morales; y como el prestamista no es ningún apóstol de la caridad, carga toda la mano en los réditos y cobra hasta el 12 por 100 mensual de interés, después de sacar á lucir sus sentimientos filantrópicos. Se aprovecha de la indigencia, está viviendo y haciendo capital del sudor del pobre; de ahí el que se le odia, porque es una especial manera de despojar la del prestamista: roba con pleno consentimiento del dueño.

Natural es que todo el mundo vea con ojos de desagrado á los agiotistas. Estos son, en su mayor parte, judíos, por lo que en ningún lado se quiere á esa gente; se la considera como nociva á la salud del pueblo. Los semitas no se paran en medios; á todo trance quieren dinero, sin entrar en pormenores de licitud en la adquisición. A eso se deben las turbulencias en Francia y en Rusia, y las agitaciones desastrosas entre capitalistas y el proletariado.

Estas consideraciones no quieren decir que nuestros científicos sean capaces de fomentar discordias por su conducta en las operaciones de dinero; simplemente señalan un peligro en caso de que el Partido Científico llegase algún día á regir los destinos de la nación. Afecto tanto al dinero, podría muy bien hacer de la república una operación de banca, como en Francia se hizo con el asunto Dreyfus, judío por todos los costados. Cuando se desea sin límite alguna cosa, es fácil querer la que pertenece al vecino; y, para lograrla, se emplean manipulaciones seguras para vencer en la lucha. Fuera de estos temores, hijos de la previsión, los científicos, juzgados personal y aisladamente, son personas muy apre-

ciables; lo que ya no pasa, considerándolos formalizados en grupo político, pues entonces son altamente peligrosos. Hasta estoy por asegurar que el jefe de ellos, el señor Limantour, si se pudiera desprender de sus partidarios, sería capaz de ser un buen gobernante, pues es hombre ilustrado y sereno, conocedor de los asuntos públicos; mas la separación del señor Secretario de Hacienda del Partido Científico, es muy difícil; y en caso de un remoto triunfo, los científicos lo dominarían por completo, dado su carácter débil y consecuente. Por lo tanto, la república sería la que pagaría la música, porque quedarían sus cajas exhaustas, debido á la ingerencia en la cosa pública de los positivistas. Entonces sí que harían de las suyas las personas que prestaron su ayuda al partido, y en breves días nos veríamos envueltos en una miseria peor que la sufrida por el país durante el gobierno del general González. Tendrían los bolsillos llenos muchos empleados, porque el argumento científico se esgrimiría en los puestos públicos, como el sable en los gabinetes de los ejercicios atléticos. ¡Cuántos miseros escribientes, que nunca tuvieron una barriga llena, no reclamarían retribuciones por los servicios electorales!

Sería el disloque la hacienda pública: ocurrirían á la Tesorería Nacional todos los oradores y poetas decadentistas, algunos militares retirados, banqueros y comerciantes y la gavilla de periodistas, á cobrar los servicios prestados durante el triunfo electoral; porque unos ayudaron con sus discursos rampones, otros con su contingente de fuerza viva; los de aquí con dineros y préstamos de pronto reinte-

gro, los de allá con artículos efusivos en defensa de la causa. ¡Es seguro que ni toda la reserva del Tesoro será suficiente para retribuir á tanto servidor!

Esto será, á pesar de la honradez é integridad del señor Limantour, cuya reputación en el manejo de los fondos públicos es inmaculada, pues los compromisos de partido obligan. Sólo desaparecería el peligro con que el señor Limantour fuese más enérgico y se separara de sus partidarios, que más le perjudican que favorecen, y esto es muy difícil, porque se han posesionado del sujeto; faltos ellos de méritos, pero hábiles en la conquista, se han arrimado á la sombra de un ciudadano bueno y útil, aunque sus gestiones hacendarias no hayan producido siempre los resultados que se desean: cúlpese en este caso, no á la mala intención del Secretario de Hacienda, sino á lo difícil de los problemas económicos y á lo complejo de la ciencia.

II

De manera que, refugiados los científicos en torno del señor Limantour, en vez de ayudarlo, lo han perjudicado, creándole una atmósfera de odio y repulsión, no obstante que no la merece, pues es un hombre trabajador y empeñoso por el bienestar de la nación. Antes, su misión se reducía á ayudar al general Díaz, pero el Partido Científico, con su maléfica sombra, le ha venido á quitar la tranquilidad, ofreciéndole la Presidencia. Naturalmente, el ofrecimiento despertó ambiciones en un corazón noble

y sincero, ajeno á las maquinaciones políticas de partido. Desde entonces, es probable, el actual Secretario de Hacienda vive soñando en el ascenso al primer puesto del poder.

¿Lo logrará? ¿Triunfará en las elecciones? Yo creo que es muy remota la victoria, si no abjura pertenecer al Partido Científico: la desgracia de los pueblos ha sido causada por los déspotas del dinero, y los científicos son la representación genuina de ese despotismo. Manejados los destinos nacionales por esa agrupación que vive soñando en acaparar riqueza y en los gobiernos hechos de onzas de oro, iríamos á una muerte segura. No hay científico que dé un paso sin prever una suma metálica acuñada. Para el Partido Científico, hasta el patriotismo debe ser de pesos fuertes. Si bien es cierto que el dinero es el eje de todo, también lo es que existen sentimientos en el corazón humano, como el amor á la patria, para los cuales el dinero es una mancha.

Todas las cosas serán buenas, cuando se sabe hacer uso de ellas; pero los científicos se pierden ante el lucro; cuando ven negocios productivos, empresas de resultados seguros, están listos para emprender en las cosas lucrativas. De ahí que ellos estén metidos en todas las compañías explotadoras de las riquezas del país, desde la fibra de henequén hasta el turrón que produce los minerales preciosos. Que los bancos son instituciones que dejan rendimientos, á establecer casas bancarias; que el tabaco deja buenos dividendos, procédase al monopolio de su elaboración; que los ferrocarriles reparten crecidas utilidades, á conseguir concesiones del gobierno para

trazar líneas férreas; que los almacenes de depósito producen, á formar sociedades anónimas, para explotar esa nueva industria; que las fábricas rinden ganancias crecidas, á establecer compañías explotadoras. En fin, no hay negocio en el país de cierta significación que no tenga mano científica. No es exagerado decir que entre ellos y los conservadores tienen casi todas las riquezas del país, exceptuando el capital extranjero.

Poner el gobierno, pues, en manos de esta gente, sería tanto como poner la Iglesia en manos de Lutero. A la sombra de él, harían formidables fortunas y serían los dueños absolutos del país. Serían contribuyentes y cobradores de contribuciones, en cuyo caso no pagarían el tributo á la nación, sino según ellos lo quisiesen: habiendo dinero en sus cajas particulares, poco importaría el desequilibrio económico del país. El gobierno serían ellos, y para ellos sería la nación.

Indudablemente que entonces habría una especie de liga sectaria entre los científicos, la protección á los del gremio y de la propia comunión, aunque los demás perecieran y el país sufriera los grandes sacrificios. Muchos creen que, ascendidos los científicos al poder, sería fácil una intervención extranjera, semejante á la de 1862.

No es posible que el Partido Científico, por los motivos apuntados, llegue á triunfar. Para que los científicos gobiernen, es necesario que el patriotismo se extinga en el pecho de los mexicanos, pues los destinos de un pueblo ansioso de progreso no deben estar en manos de judíos, sino de verdaderos patriotas.

Se alega que los científicos son hábiles financieros y han hecho importantes servicios á la nación en asuntos económicos. Precisamente, este es el principal objeto del presente artículo; pues soy de los que creen que la crisis económica á ellos se debe exclusivamente; ellos que, en punto á intereses personales, son magníficos administradores, en los nacionales han probado poca pericia. Siendo el señor general Díaz, persona á quien admiro, Presidente del país, no quisiera tener frases poco laudatorias para el Secretario de Hacienda; pero el carácter de este libro lo pide: para exhibir al Partido Científico de bulto, hay que buscarlo en su escondite. El único blasón que empuñan los científicos, es su habilidad como financieros. Pues bien, yo confieso ingenuamente que las gestiones económicas del señor Limantour han sido ruinosas para la república, y la crisis económica se debe á sus partidarios.

III

Si es cierto que la hacienda pública ha venido á mejorar de condiciones durante el gobierno del señor general Díaz, también lo es que la gloria de la mejora es exclusiva de él, y no de sus colaboradores en el ramo de hacienda. Es de importancia esta declaración, porque los científicos pretenden adjudicarse los honores del triunfo en la prosperidad del crédito público, sin comprender que, precisamente, nuestro desarrollo fiduciario y todo lo que se relaciona con las cuestiones económico-políticas, en vez

de un impulso, han merecido un estorbo y extorsionamiento de parte de los discípulos de Spencer y Comte, é hijos intelectuales de Barreda. Tal vez, sin la intervención de ellos, la hacienda pública hubiera tenido un asombroso incremento, y las reservas del Tesoro fuesen mayores.

En prueba de mi aserto, ¿á quién se le debe la crisis actual? Desde luego que no al señor Presidente de la república, cuyo ímprobo trabajo le hace ser el primero que entra al despacho y el último que sale, tan sólo para conservar el orden general en todo el país y vigilar por los intereses nacionales; débese, sí, á sus colaboradores hacendistas, faltos de previsión y tino. Desaparecen los visos de culpabilidad cuando prueben los directores de la hacienda que no atravesamos por una terrible crisis que está prostrando al país y sumiéndolo, si no en la miseria, al menos en un período fatal que enerva las fuerzas del progreso.

Por lo demás, sólo les faltaba á los científicos hacer cómplice de sus torpezas financieras al general Díaz; culpabilidad que no podrá aceptar el pueblo mexicano, justo apreciador de los méritos y virtudes de su jefe de Estado. El ha hecho porque la paz reine y domine en la nación: dando garantías constitucionales, puso la base de la prosperidad, pues con la confianza de la seguridad pública, púdose establecer un nuevo orden de cosas, capaz de ofrecer ganancias pingües y utilidades risueñas al capital extranjero. La acción del Ejecutivo de la Unión, reduciéndose á la vigilancia general de los intereses nacionales, llena su papel; los planes abstractos deben ser

desarrollados, en lo concreto, por los colaboradores en los diferentes ramos de la administración, y presentados para su aprobación. Para el éxito de estos planes, basta la tranquilidad que mueve la política administrativa del Primer Magistrado. Precisamente, á ese tacto admirable se debe la creciente inmigración cada año del elemento extranjero, que viene á contribuir, con su capital é inteligencia, al mejor fomento de la riqueza nacional.

De cómo ha podido producirse este fenómeno, jamás visto en los fastos de nuestra patria historia, ya lo dejé explicado. Lo cierto es que, sin la influencia poderosa de la gestión del jefe del Ejecutivo, no habría ministro que diera pruebas de acierto. Los colaboradores que se aprovechan de las lecciones, cumplen con su cometido, con beneplácito de todos.

Del plan general del gobierno, que es el que le corresponde al general Díaz, nada ha podido utilizar el Partido Científico; porque la paz, implantada—á fuerza de gastar esfuerzos y energías—por el actual gobernante, y pregonada por la plausible conducta internacional de un inteligente y talentoso Ministro de Relaciones—que lo es el licenciado don Ignacio Mariscal—en el extranjero, ha sentado plena confianza en el ánimo de los hombres de empresa. Entretanto el señor Mariscal, cuyo tacto político apenas es comparable con el del estadista inglés Salisbury, estrecha más y más las relaciones con los países extraños, preparándole terreno al señor Limantour, éste, imposibilitado del movimiento por la presión que ejercen sobre él sus perniciosos partidarios, no ha podido evitar que sobrevenga la crisis económica.

Se dirá que ella obedece á fines de difícil previsión, lo que no corresponde al hombre remediar. En este caso, si esa es su convicción, creo que huelga toda clase de pasos encaminados á remediar posteriormente los males; si sabe que la cuestión económica es intangible, vale más dejar el asunto por la paz, y no levantar tanta polvareda. Si á cualquier científico se le fuese á proponer un negocio, no lo emprende—y hace bien—si no estudia los medios de tiempo y circunstancias, á fin de proceder á la operación después de un minucioso examen, cuando ya tenga la plena seguridad de la ganancia. Ese mismo científico, ¿por qué no emplea los mismos procedimientos, en tratando de asuntos más sagrados que los que atañen á los intereses particulares, como sucede con los públicos?

Pero el Partido Científico tiene dos pesas y dos medidas: con unas pesa y mide sus propios intereses, y con las otras pesa y mide los intereses del país. Para este procedimiento, son necesarias dos conciencias, ambas de caucho; ¿las tendrán también los científicos? Sujetos con dos conciencias simultáneas, serían de producción asombrosa, pues yo hasta su existencia ignoraba.

Con alguna dedicación, antes de declarada la crisis, se hubiera conjurado el mal; pero los preparativos se hicieron estando el país en el período más álgido del actual gobierno. De seguro que el señor Presidente no habría desaprobado medidas preventivas, encaminadas á abrir sepulcros para una crisis que ha afectado profundamente á los intereses del comercio, de la industria y de la minería, y se ha tra-